

# BUENOS AIRES Y EL HOMBRE DE LA CIUDAD

por GREGORIO RECONDO  
Dibujos de CASTAGNINO

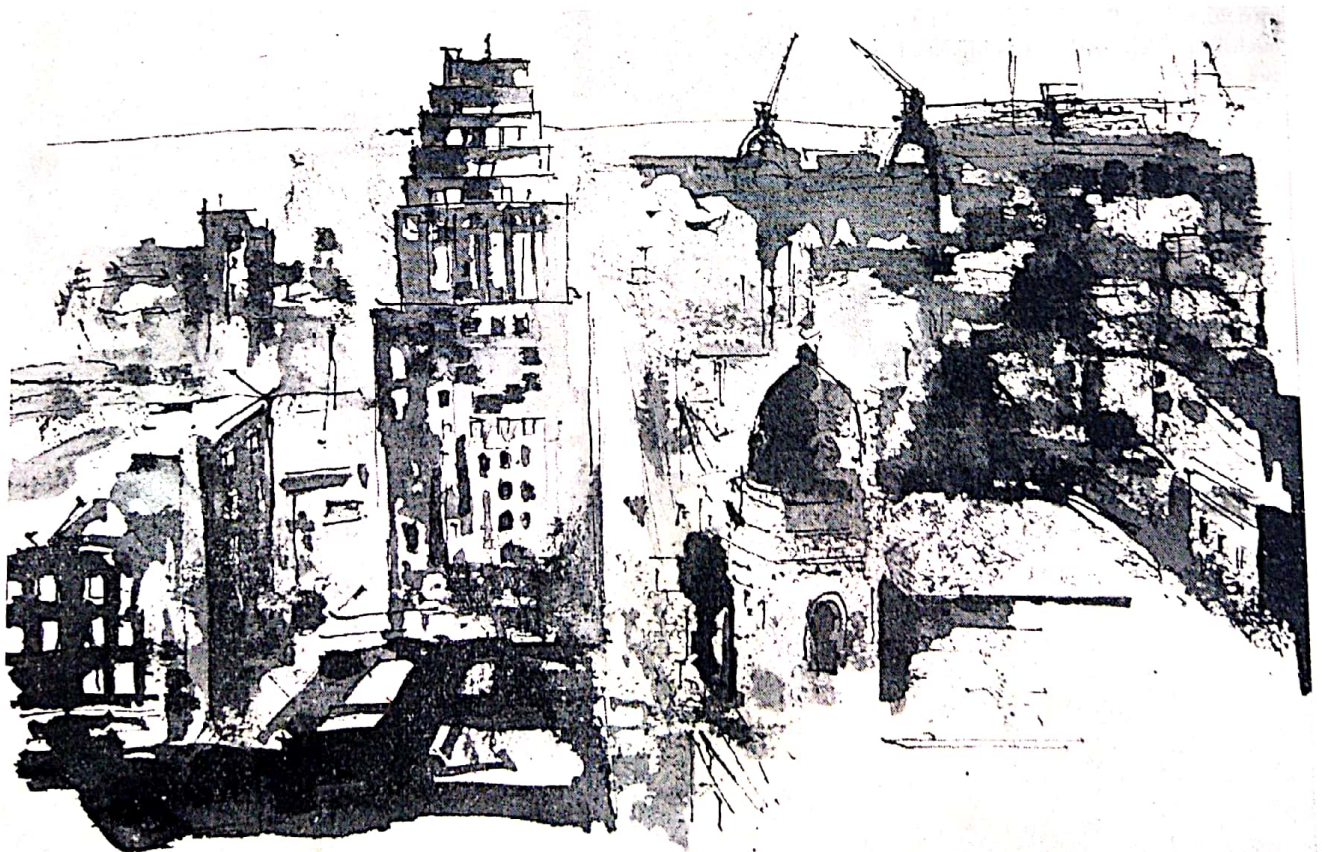
Llegaban a 1.600 aquellos hombres rudos que, en el verano de 1536, anclaron los 14 navios en el estuario del Plata avizorados por los indígenas. Los conquistadores dieron gracias a Dios, desembarcaron, plantaron un pendón junto a sus ensueños y fundaron la ciudad. La tierra se mezcló primero con la sangre. Algún día, nativos y extranjeros también se fusionaron y, desde entonces, marcharon juntos el desarraigo con la esperanza. El fruto no pudo menos que ser sincrético. Era el comienzo. Buenos Aires creció bajo ese signo, síntesis de raíz nativa y corazón extraño. Como en la tragedia griega, la ciudad tenía escrito el ananké sobre su frente. Sus habitantes vendrían desde

lejos. Sufrirían. Sus espaldas y sus hombros contruirían los edificios y las calles, pero la mirada sería triste y se dirigiría al río fundador del océano, procurando atisbar la lejana tierra natal.

Nuestra ciudad sufrió diversas fundaciones y fue considerada tierra de conquista. Jamás la tierra prometida. Pareciera así que el desarraigo fue cofundador de Buenos Aires, pero junto a la espada y a la fiebre del oro también estuvieron la cruz y la esperanza en un venturoso tiempo nuevo.

La ciudad se hizo grande. Metrópolis. Se extendió sobre la pampa feraz y ejerció su fuero de atracción, su poder hipnótico, sobre su enorme hinterland. Fue capital,

*"El aire de la ciudad os hará libres"*  
(Adagio alemán)





aduana, puerto, centro cultural, político y económico del país. La gran aldea fue después urbe. Migraciones internas y ultracóceánicas la llenaron de pobladores. Fue entonces **Cosmópolis**.

Hoy viven, entre Buenos Aires y sus alrededores, más de seis millones de personas que representan más de un 30 % del total de la población argentina. El país sufrió de gigantismo metropolitano, de elefantiasis. Y la ciudad-reina quiso ser mayor. Su vocación la llevó a ser plural. Su nombre parece indicar que congrega sobre sí los vientos favorables del planeta. Por eso no hay una sola Buenos Aires, sino varias, aunque su espíritu sea único.

A la Cosmópolis la habitan hombres de todo el orbe. Su ecología descubre barrios, ghettos y rincones que hablan distintas lenguas y practican disímiles rituales. El aporte inmigratorio ultramarino se volcó preferentemente sobre centros urbanos y trajo consigo su cultura de origen. Con ella, una actitud positiva frente al trabajo. Estaba escrito. Según los profetas, junto a los hombres del corazón partido habría de convivir la indolencia del indio, del nativo y del mestizo.

\* \* \*

¿Cómo es el porteño? ¿Responde el hombre actual de nuestra ciudad a las características del habitante de la metrópolis contemporánea?

Vale la pena comentarlo. La edificación puede describir a las ciudades, pero el espíritu de éstas sólo puede ser expresado por sus habitantes. Para descubrir las pautas distintivas del porteño veamos primero como es el carácter del hombre de la gran ciudad.

En primer lugar, debemos contabilizar su **excitabilidad** originada por constricción psicofísica. La gran ciudad es un vasto conglomerado de habitantes. Las

personas, allí, están unas junto a otras. Viven hacinadas. No existe espacio para moverse. Todos están próximos. Apretados. Además, enormes contingentes humanos suelen ponerse en movimiento simultáneamente, desplazándose de un lugar a otro y debiendo cubrir muchas veces largas distancias desde su vivienda hasta su lugar de trabajo. Y aquí tiene incidencia otro elemento configurativo importante: la prisa (o en el lenguaje porteño: el **apuro**).

Durante mucho tiempo los hombres vivieron en un espacio de dos dimensiones. En las ciudades antiguas, la dirección vertical era poco conocida. Después, otras dimensiones se agregaron progresivamente. Y ahora existe la **dimensión tiempo**. Nuestro hombre urbano se inmola diariamente al pagano dios Cronos. Como consecuencia, los **relojes** y los **semáforos** son los símbolos de la sociedad industrial presente. Nuestro Martínez Estrada comentó que "la maquinaria de la ciudad es el reloj, que representa la vida mecanizada del individuo". La prisa impide abandonar el ritmo —"prohibido detenerse"— y forma parte de la **neurosis** del habitante de la gran ciudad. Simmel lo advirtió hace muchos años: el tipo del hombre "ciudadano" reposa en el fundamento psicológico de la intensificación de la vida nerviosa.

Otro detalle para agregar al inventario: la **agudeza**, la vivacidad y una fuerte y continua vigilancia notoria caracterizan al hombre de la metrópolis. Resulta de la mayor importancia señalar que el aumento cada vez mayor del número de habitantes termina transformando el tipo de las **relaciones sociales** urbanas. Estas son —al desir de Wirth— **superficiales, anónimas y transitorias**. Las actitudes racionalísticas del ciudadano, consecuencia de aquellas, conducen a menudo a un fenómeno característico de la metrópolis: la **anomia**. El individuo tiene diversos marcos de referencia y no sabe por cuáles valores orientarse.

El hombre de la ciudad es uno más en medio de la multitud. A la inversa del campesino, trata con enorme cantidad de personas, con la particularidad de que la mayoría le son extrañas. Tropieza solamente con máscaras de roles. Fulano es "el jefe", aquél "el policía", el otro "un empresario". Nombres, rostros, papeles... Los hombres están ahora más próximos exteriormente, pero lejanos como nunca en su fuero interior. Así, los nuevos complejos metropolitanos dan lugar a un cierto género de agregación de masas, con modos de comunicación cada vez más mecánicos e impersonales.

Grupos secundarios y —sobre todo— agregados sociales, definen a la ciudad desde el punto de vista sociológico. Multitudes, auditorios, manifestaciones públicas. Gente y más gente que no conoce a su vecino, que viaja y vive apurada, que tropieza con más gente y no descubre a las personas. Es lo que Ortega llamó el fenómeno de "lo lleno". La comunicación se ejerce a nivel de las máscaras de rol. Las relaciones primarias son menores. Hasta nuestro prójimo que nos vendía los artículos cotidianos es suplantado por el supermercado impersonal...

Los medios de comunicación social —y particularmente la televisión— son los nuevos "educadores" que unifican las ideas, las expectativas y los gustos de los habitantes de la metrópoli con el propósito de favorecer la producción en masa. Importa entonces llegar al gran público: a los jóvenes, a las amas de casa, etc. Es decir, a categorías, a enormes contingen-





tes, sin detenerse en su condición de personas. Así, las relaciones personales pierden hoy la polivalencia que las caracterizaba antaño. Y como consecuencia de la hipertrofia de la cultura objetiva, se produce la atrofia de la cultura individual. La nivelación es así un poderoso agente de masificación, de despersonalización.

Con no poca razón Mumford y su maestro Patrick Geddes detestan la ciudad moderna, la "megalópolis", porque allí sólo se vive por "procuración", por representación.

Finalmente, se piensa según los esquemas difundidos por la televisión. No hay tiempo para reflexionar. Sólo existe la receptividad pasiva. Únicamente se permiten opciones, jamás elecciones. Un programa de un canal y la posibilidad de alternarlo con otros. Mano o contramano, para circular. Rojo, amarillo o verde, como la síntesis coactiva del espectro de los semáforos.

Al difundirse los valores de la civilización industrial —movilidad social, ética del trabajo, vida asociativa— se marcha hacia una integración entre consumos y obras sociales. Los medios de comunicación de masa crean primero las nuevas necesidades, para después sugerir la adquisición de los nuevos productos. El consumo ostensivo se limitaba antes a una clase o a una élite, que basaban su prestigio en los símbolos de status. Ahora, la elección de los nuevos consumos se extiende a niveles nacionales, homogeneizando en cierto sentido las opciones y los gustos. Porque la producción de masa no puede concebirse sin el consumo de masa. Y esto debe promoverse, sugerirse, a través de los mass-media. No se equivocó Riessman, entonces, al considerar como "hétero-dirigido" al hombre de la civilización urbano-industrial.

Otra característica la constituiría, para algunos, la limitación de los nacimientos en las ciudades. En rigor de verdad, la decadencia de la voluntad de procrear —como bien apunta Bahrdt— es una peculiaridad de la tardía sociedad industrial.

Para terminar con esta serie de pautas caracterizadoras del hombre metropolitano, digamos que este "tipo histórico" reacciona con su razón más que con sus sentimientos. Según Simmel, la reacción a los nuevos fenómenos se transfiere hacia el órgano psíquico menos sensible. Estamos tentados de decir que después de los momentos del sacrificio y de la *poiesis*, la ciudad surge como expresión del momento analítico del hombre. El diálogo es así el más alto símbolo de la civilización urbana.

La economía monetaria tiene su asiento en las grandes ciudades y mucho que ver con el predominio racional. Como resultado, el hombre urbano-racional es indiferente a toda realidad individual. Las relaciones afectivas se fundamentan en la individualidad y las racionales convierten a los hombres en elementos de cálculo. Quizás por eso Le Corbusier definió a la ciudad como un objeto de uso. A su vez, Louis Wirth considera sociológicamente a la ciudad como un agrupamiento relativamente vasto, denso y permanente de personas socialmente heterogéneas.

Para un filósofo de la historia, O. Spengler, la historia de la humanidad es la historia de las ciudades. Es que todas las civilizaciones superiores son y han sido urbanas. Y ello no obstante a que lleven consigo el germen de su destrucción. Porque conviene aquí acotar que los problemas de la hiperpolarización de la ciudad (falta de viviendas, de escuelas, existencia de "villas miserias", delincuencia

juvenil, etc.) no son consecuencia de la vida urbana, sino de sus desvirtuaciones.

Además, considero que algo debemos decir sobre algunas de sus evidentes ventajas. En primer lugar, la tasa de crecimiento de la riqueza es mayor que la del crecimiento de la población. Este fenómeno no ocurrió nunca en ningún otro tipo de sociedad. Además, la gente vive mucho más tiempo, es más robusta y más sana. Finalmente, las ciudades son los centros y agentes más idóneos y activos de la difusión cultural. Como corolario, las posibilidades de acceso a la educación y a la cultura son notoriamente superiores. Contra las invectivas de tradicionalistas y conservadores, la sociedad urbana expresa un saldo favorable en la historia de nuestro planeta. La ciudad ha dominado la naturaleza y ha contribuido a liberar al hombre.

\* \* \*

Muchos escritores, sociólogos y estudiosos de nuestra realidad se dedicaron a indagar el *ethos* del porteño y de su ciudad. Los estudios sobre el hombre argentino de Ortega y Gasset (*El hombre a la defensiva*) y del conde Keyserling (indagando sobre nuestra tristeza) sirvieron de incentivo. Borges, Mallea, Mastronardi, Martínez Estrada, Bonet, Scalabrini Ortiz, Escardó, Casadevall, Sábato y Cortázar —entre los más recientes— produjeron al respecto aportes significativos.

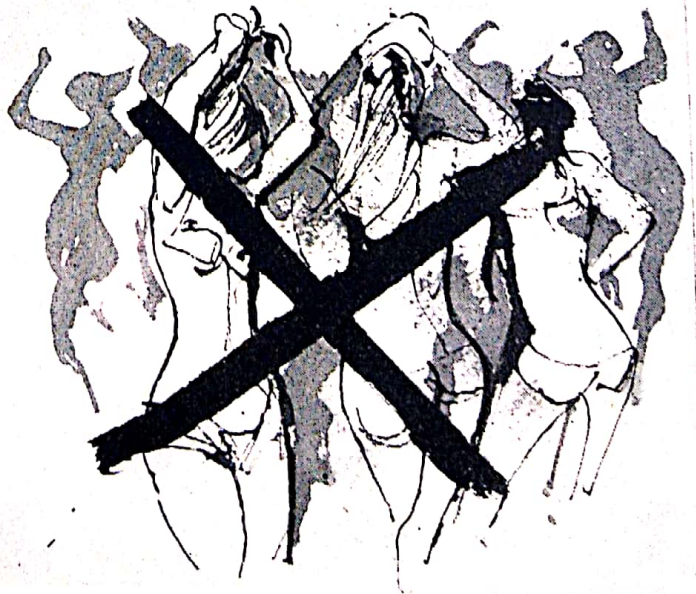
Urge ahora a los sociólogos y psicólogos sociales profundizar sobre nuestra ciudad y sus habitantes.

Comencemos por señalar que la inmigración masiva que se produjo a partir del período de la organización nacional constituyó un "revulsivo étnico" que cambió totalmente las pautas conceptuales y de comportamiento de la sociedad global argentina. Muchas de las características que se imputan al porteño son contabilizables, por consiguiente, en el *debe* y el *haber* de los distintos grupos nacionales que invadieron y refundaron Buenos Aires.

Conviene pasar rápida revista al inventario de los defectos. He aquí algunos. Imitación e inautenticidad ("vivir de prestado"); viveza (como "avivada"); disconformismo; guaranguería; impaciencia (y "proyectomanía"); comodidad e indolencia ("no te metás"); espíritu sectario y personalismo político; exhibicionismo (o afán de "figuración"); miedo al ridículo; carácter "sobrador" y "cancherismo".

No nos corresponde aquí analizar cuán-

BUENOS AIRES Y EL HOMBRE — — —  
DE LA CIUDAD — — —







Castro

to hay de verdad en todo lo expresado. Que quede claro que no pretendemos aportar elementos novedosos, sino ubicar al porteño en el marco de la sociedad urbana.

Pero convengamos que a Buenos Aires la definen los habitantes de su galaxia y que no todos son porteños.

La heterogeneidad caracteriza a la "reina del Plata", que es, a la vez, puerto y resumidero. Nuestra ciudad es mujer y plural. Condensa en sí muchas contradicciones que a veces se expresan como dicotomías: el día y la noche bonaerenses; el trabajo y la fiesta capitalinos; la virtud y el pecado de la metrópoli. Son expresiones muchas veces simbólicas de grandes polarizaciones que enfrentaron a los argentinos: unitarios y federales, radicales y conservadores, peronistas y anti-peronistas. En otro plano, la "pica" de barrios; Gatica y Prada; Troilo y D'Arienzo; Boca y River. Muchas veces nos dividen falsamente ("laica" y "libre"). Se juega a tesis o a antítesis, como en la ruleta al "todo o nada". Jamás a síntesis integradora. Un país dividido no da para tanto.

La heterogeneidad nos hace hablar así idiomas diferentes. No nos entendemos porque nos importa más lo que nos divide: el hombre, la facción y el partido (o el fútbol) antes que el país.

Es como si el desarraigo gobernara.

¿Somos o no somos? ¿No somos nadie? Parece de mal gusto discutirlo. Los habitantes de Buenos Aires existimos. Y queremos ser expresión auténtica de un país. Creo sinceramente que existe un espíritu que se sobrepone a nuestro letargo y nos alerta gritando que somos algo y que aún podemos realizar nuestro destino. Creo también que subyace una conciencia unificadora por sobre los espejismos divisorios. Y que la generación nueva comienza a percibirlo.

Estamos en el planeta, pero lejos del "mundo". Al fondo y a la izquierda, como un excusado, en el planisferio que tiene como epicentro a Europa. Las extremidades inferiores del país se extienden hacia el polo, como una inmensa lengua americana entre los dos océanos. (Los turistas, con razón, tienen miedo de caerse del mapa.)

Sin embargo, los balbucesos primigenios son ya grito de personería cultural. El mundo —que nos ignoraba— comienza a conocernos. Y ya ruedan, asombrando a

una Europa cansada, las manifestaciones de nuestros artistas plásticos, de nuestros profesionales emigrantes (nuevos "conquistadores"), de nuestros literatos, mensajeros y anunciadores del advenimiento del tiempo latinoamericano. ¿Será entonces fecundo nuestro cosmopolitismo? No lo sé. Pero sí estoy seguro que devolvemos en frescura y originalidad la madurez que aportaron desde lejos nuestros padres, a los antepasados de un continente con tantas arrugas y heridas que ya parece exhausto para seguir creando.

Dependerá de nosotros impedir que Buenos Aires continúe siendo la monstruosa cabeza que eclipsa al resto del territorio. El imperativo es desarrollar armónicamente el país y redistribuir más equitativamente el producto nacional. Mientras tanto, como lo comentó con acidez su gran crítico "como órgano del mercado internacional de frutos y mercancías (Buenos Aires) tiene su justo tamaño".

No hay duda que tenemos un futuro abierto. Si el *nosce te ipsum* es la consigna del hombre, debe también extenderse a su contorno y hábitaculo. Descubrir, conquistar y proyectar la ciudad. Porque Buenos Aires pertenece a todos, pero no es de nadie. "Es la ciudad no poseída por excelencia", dice Escardó, agregando que su único dueño fue Gardel.

El porteño es ambivalente. Quiere y odia las mismas cosas. En el extranjero sueña con los objetos que aquí maldice: los baches, las baldosas flojas, el café ("Ciudad de porquería...").

Aventura una explicación. El porteño no sabe quién es ni cuál es su origen. Cuando va al exterior —y se descubre en sus antecesores y en su historia— se reconcilia consigo mismo y con su ciudad.

La Corrientes de Scalabrini Ortiz ya no existe. El tiempo barrió con muchas cosas. La pizzería y el autoservicio suplantaron a los cafés de tango. Muchachos con melena y polera se sacuden ante un ritmo extraño con movimientos epilépticos frente a un negocio de discos. El hombre que está solo y espera se mudó. Pero aún la calle ciudadana sigue imantando a los porteños que tienen necesidad de recorrerla durante la noche de cada sábado. ¿Es la vuelta a la infancia, a la calesita? ¿O es la incertidumbre de un periplo que no tiene final? Dar vueltas como caballo de una noria, arrastrando una culpa colectiva, una frustración que se expresa como "mufa". Lo cierto es que Corrientes sigue

siendo símbolo y magnete. Para ciertos porteños la ciudad termina en ésta, su calle mayor. (La soledad de este hombre suele arrastrarlo a enamorarse de los muertos...)

Pero la ecología nos descubre distintos tipos ciudadanos. Y un mapa de sus zonas es también una descripción de su estratificación social. Exagerando, podría decirse que se encuentran distintos tipos de porteños trazando imaginarios límites sectoriales en Avenida de Mayo, Corrientes, Santa Fe y Libertador. Estas calles encierran personajes perfectamente diferenciados en su psicología, en su *ethos*, en su manera de vivir.

Debíamos referirnos al porteño como hombre de la gran ciudad. Muchas pautas suyas son características del hombre urbano. Pero otras no. El porteño es **sensiblero**, aún más que sensible. Además, es **generoso** y **amigo**. Las metrópolis no toleran la "gauchada", las relaciones humanas plurales, ni tampoco "el café". Pienso que el café es un símbolo de nuestra indolencia, pero también de nuestra apertura a la vida y a la amistad. Quizás por eso Adán Buenosayres sea metafísico...

Hay una juventud en Buenos Aires que no cree en los lugares comunes del pasado y proyecta el futuro. A la actividad le agrega la investigación y el trabajo dinámico en equipo. Al cosmopolitismo, la voluntad de fundar de una vez la Argentina. A la historia que nos divide, opone su presente creador, superador de las parcialidades y de los falsos enfrentamientos. Promueve un examen de conciencia revisionista, asumiendo el país con sus virtudes y con sus defectos. Sabe que debe mirarse hacia adelante. Superar el palabrerío, el "folklorismo" y la anécdota. Y construir.

La ciudad es algo más que una prisión de hierro y de cemento, donde reinan el ruido, la oscuridad y los gases tóxicos. La ciudad es futuro: Cortázar y Piazzola.

Un viejo adagio alemán profetiza que "el aire de la ciudad nos hará libres". Por rara paradoja, los aires de nuestra capital son plurales y llegaron de todos los rumbos del planeta.

Babel de contradicciones, de idealidad y realismo, de barro y sueños, de magia y frustraciones. Con los pies en sus baches y la vista en su cielo, los porteños imaginamos el milagro creador de los artistas y poetas de nuestra ciudad, iluminando el tiempo nuevo que nos hará libres.